

SENTIDOS DEL ACTUAR VIOLENTO EN CHICOS Y CHICAS DE SECUNDARIA

CLAUDIA LUCY SAUCEDO RAMOS
Facultad de Estudios Superiores Iztacala, UNAM

JUANA MARÍA GUADALUPE MEJÍA HERNÁNDEZ
Departamento de Investigaciones Educativas, CINVESTAV-IPN

RESUMEN: En el presente trabajo nuestro objetivo es analizar algunas formas de participación que tienen los y las alumnas de secundaria en su contexto escolar que les permiten practicar diversos procesos psicosociales como: ejercitar su masculinidad o su feminidad, desarrollar formas de integración grupal, aprender a ser reconocidos y respetados por los demás, ejercitar un ludismo juvenil que les enseña a marcar límites en las interacciones. La investigación se llevó a cabo en dos escuelas secundarias públicas, ubicadas en colonias populares del D.F. Se utilizó un método etnográfico para entender y analizar la perspectiva cultural de los alumnos. En los resultados analizamos prácticas socioculturales como el “echar relajo en clases”, elementos de la transición de la amistad a las peleas entre chicas y las “luchas en serio”

de los muchachos. Desde un enfoque sociocultural analizamos que los y las chicas no necesariamente interpretan sus prácticas como asuntos de indisciplina y violencia, sino como expresiones que les permiten: disminuir lo aburrido de las clases, relacionarse con sus compañeros en maneras divertidas, aprender a defenderse cuando se sienten agredidos por los demás y regular los límites de su actuación en los encuentros cotidianos con sus pares. Concluimos que es necesario continuar analizando cómo los y las alumnas de secundaria ejercitan su ser hombre o su ser mujer a través de prácticas culturales que les permiten desarrollar habilidades psicosociales.

PALABRAS CLAVE: Estudiantes, secundaria, violencia, participación sociocultural, etnografía.

Introducción

En el presente trabajo nuestro objetivo es analizar algunas formas de participación que tienen los y las alumnas de secundaria en su contexto escolar que les permiten practicar diversos procesos psicosociales como: ejercitar su masculinidad o su feminidad, desarrollar formas de integración grupal, aprender a ser reconocidos y respetados por los demás y ejercitar un ludismo juvenil que les enseña a marcar límites en las interacciones.

En la investigación educativa ha quedado claro que la indisciplina escolar es un fenómeno generado por las dinámicas de organización y participación en las cuales los alumnos y sus maestros negocian cómo regular las interacciones día a día (Furlán, Saucedo y Lara, 2004). En el caso de la violencia ha sido necesario discernir qué papel juega la escuela en las expresiones de la misma. Así, hablamos de “violencia contra la escuela” cuando hay actos violentos que penetran la dinámica de la escuela; por ejemplo, cuando la violencia juvenil se aposenta en la escuela y sus inmediaciones como producto de la violencia sistémica de las sociedades a la que pertenecen los alumnos (casos de portación de armas, incursión de pandillas en la escuela, destrucción del mobiliario escolar y de las posesiones de los maestros, atentados contra la integridad del personal escolar). También es posible hablar de una “violencia contra la escuela” cuando los adultos externos a la misma generan falta de credibilidad y apoyo a los propios planteles, sin considerar la enorme cantidad de tiempo que los niños y jóvenes pasan en ellos y el grado de protección que les brindan. Por ejemplo, los padres que reniegan de la labor de los maestros y directivos, los medios masivos de comunicación que magnifican los problemas en las escuelas y desconocen las iniciativas que se practican en ellas.

Podemos hablar de “violencia escolar” y de “violencia en la escuela” a partir de diferencias de matiz. Ambos conceptos se refieren a todo aquello que es producto del conjunto de participaciones socioculturales de los actores en la escuela y de su estructura de funcionamiento. Por ejemplo, es más común que la violencia escolar ocurra en “tiempos muertos” cuando no hay adultos a cargo; que ocurra como resultado del alto nivel de competitividad que se promueve entre los alumnos; también como resultado de relaciones jerárquicas marcadas y de poco respeto por parte de los maestros hacia los alumnos (exclusión del trabajo escolar de alumnos “problemáticos”, maltrato emocional/físico/social hacia los alumnos, rivalidades y conflictos entre el personal de la escuela que son percibidos por los alumnos y autorizan sus actos de indisciplina y violencia) o como producto de contenidos curriculares desarticulados y poco relacionados con la vida de los jóvenes. Todos estos elementos se sostienen gracias a la propia organización de las escuelas, lo cual genera una violencia estructural, simbólica. Mientras que la “indisciplina y violencia en la escuela” podría aplicarse a las producciones socioculturales de los alumnos (el trabajo, el acoso entre compañeros, las peleas, etc.) que se alimentan tanto de elementos de la cultura juvenil como de la organización escolar que no la contiene o hasta la llega a fomentar (por ejemplo, cuando la organización escolar y el liderazgo de los directivos están poco articulados).

Método

Se empleó un método etnográfico (observaciones en aulas, patios de recreo, cubículos de orientación; entrevistas formales e informales, a profundidad, grupos de opinión), y nos han permitido conocer las posturas personales y colectivas de los actores sociales respecto de los temas de indisciplina y violencia escolar en dos secundarias públicas ubicadas en el Distrito Federal.

En cuanto al análisis, el presente artículo se sustenta en el enfoque de la Psicología Cultural, desde el cual entendemos los procesos psicológicos profundamente ligados con los contextos socioculturales en los cuales las personas se constituyen como tales (Holland, *et al.* 1998). Cuál es el sentido de los actos de indisciplina y violencia de los alumnos en las escuelas, cómo en sus interacciones se originan acciones agresivas o que rompen el reglamento escolar, son cuestiones que no podemos entender independientemente de los procesos psicológicos, sociales y culturales que los y las alumnas practican cotidianamente en un contexto social de prácticas como lo es la escuela secundaria. Lo que buscamos entender es cómo el ser alumno supone la posibilidad de participar en contextos como cierto tipo de persona y en donde se producen prácticas socioculturales que son consideradas como conflictivas para la convivencia escolar.

“Echemos relajo en las clases”

Según hemos podido constatar, los alumnos dicen que echan relajo dentro de las clases y en los espacios en los que no hay adultos que los vigilen. Un ejemplo de lo que podríamos llamar “relajo dinamizador” de la clase sería:

Durante una clase de historia el maestro pregunta: “¿Quién fue el primer presidente de México?”, y un alumno le responde: “Zapata”, el maestro le dice: “¡no sea sonso!”. Todos los alumnos ríen; otro dice: “tarzán”, todos vuelven a reír, incluido el maestro. El maestro le dice a una alumna: “a ver, ilumínanos”, la chica responde: “Guadalupe Victoria”. El maestro le dice a esa misma alumna: “¡mira como tienes tu lugar, límpialo!”, y luego se dirige a otro chico: “Fernando, tu de una vez limpia tu lugar, hay hasta un palito de madera ahí abajo”.

En ejemplos parecidos, hemos visto cómo los alumnos despliegan su habilidad lingüística durante las clases para relacionarse con sus compañeros a través de apodos, mandar

mensajes en doble sentido, responder con rapidez a las temáticas que se están trabajando pero introduciendo elementos divertidos, jugando con las reglas del aula (por ejemplo acusando a sus compañeros para que los regañen y reír juntos cuando logran la meta), o intercalando bromas breves. Si el o la maestra conduce la clase a modo de que permita los brotes de relajo pero enseguida los delimita y regresa al orden, logra establecer puentes de comunicación que permiten a los alumnos disfrutar y atender sus clases.

Por el contrario, cuando los docentes no tienen control de grupo, el relajo de los alumnos está completamente desvinculado de la secuencia de la clase:

La maestra les pide a los alumnos que se concentren en el ejercicio de decir en inglés el nombre de una persona, el país del que vienen, la edad, pero los chicos y chicas están concentrados en reír, empujarse, pasar a sacar punta y darle pequeños golpes en la cabeza a sus compañeros, pedir permiso para ir al baño, etc. La maestra sale a buscar a la tutora del grupo para acusarlos. Un chico le pregunta a la observadora: “¿qué despapaye, verdad?”. Hacia el final de la clase, dos chicas quieren también conocer la opinión de la observadora: “Oiga maestra, ¿Cuál es el grupo más relajoso?”. Ellas saben que lo que se observó era un relajo que obstruyó la secuencia de la clase.

El relajo en el aula es una producción cultural de los estudiantes que practican para dinamizar las clases u obstruirlas. Depende mucho de los límites y conducción que los profesores puedan instaurar. Son prácticas de relación social sustentadas en la diversión y la animosidad de los alumnos que fácilmente pueden derivar en indisciplina cuando no hay marcación de límites, pero no se trata de acciones agresivas ni violentas. Los alumnos captan con rapidez cuándo un maestro no logra controlarlos y aprovechan para convertir la clase en un “despapaye”. En ese sentido, ellos conocen las reglas que deberían imitar durante una clase y saben que las están rompiendo.

De la amistad a los pleitos entre chicas

Las maneras en que las chicas de secundaria se relacionan entre sí cubren un amplio rango de prácticas que van desde la amistad hasta las peleas a golpes. Respecto de la amistad femenina, las adolescentes consideran que se logra a partir de “tratarla bien y convivir mucho con ella”. Una amiga es alguien en quien confiar y a quien contarle secretos, problemas y dudas. Entre amigas se abren a la plática, al compartir vicisitudes perso-

nales y divertirse juntas. La amistad supone convivir con base en la confianza, el respeto mutuo, la intimidad y la complicidad así como la comunicación.

Pero las relaciones de amistad también pueden asumir una forma juguetona-agresiva bajo un alto grado de confianza e intimidad. En este tipo de relación, las chicas comentan que se *"llevan pesado"* mediante empujones, pellizcos, patadas y hasta juegos de *"luchitas"*. Durante recesos y ratos de ocio, ejecutan estos movimientos con suavidad, al mismo tiempo que dan curso a sus conversaciones. A través de este conjunto de intercambios físico-lúdicos ellas miden los límites para el encuentro corporal (Saucedo, 2004) poniendo cuidado de no dañarse entre sí.

Por otro lado, los conflictos entre las chicas afloran por diversos motivos, dando pie a que se rompan relaciones de amistad o que se genere mayor animadversión cuando no había amistad de por medio. En una reflexión muy bien elaborada, una alumna entrevistada comentó: *"...las chavas nos peleamos por cuatro razones: para defender nuestro prestigio, por los chavos, por rivalidad o envidia y para ser populares."* Aunque su respuesta no sigue un orden de importancia, en primer lugar cita como razón para pelear a la "defensa del prestigio personal". Éste es importante porque define la posición de una chica dentro del grupo de adolescentes (Buelga, Musitu y Murgui, 2009). La segunda razón para pelear que menciona es "los chavos", lo cual indican la relevancia de la atención masculina para la sociabilidad del mundo femenino adolescente. La tercera respuesta, *"rivalidad o envidia"*, alude a la emergencia de la rivalidad femenina condicionada por la tendencia competitiva y jerárquica de sus relaciones. Los dos motivos anteriores expresan los propósitos femeninos de lograr y conservar la atención e interés de los chicos, de posicionarse por sobre una rival y/o, por medio del enfrentamiento, dar salida a la tensión que representa la envidia como contenido de la dimensión emocional que moviliza e intensifica la rivalidad. En cuarto lugar, dijo que las peleas se llevan a cabo "para ser populares". "Ser popular" influye directamente sobre las oportunidades para socializar y se relaciona con el prestigio y la posición social dentro del grupo. Relacionando las respuestas obtenidas podríamos decir que el prestigio se defiende y/o la popularidad se gana frente a las rivales por la atención de los chavos.

El paso a las peleas entre chicas ocurren por lo general fuera de la escuela, lejos de la mirada y control de los adultos. Los demás integrantes del grupo pueden posicionarse como observadores pasivos o alentar la pelea a golpes por medio de "calentar las cabe-

zas” de las contrincantes, enfrentarlas y así “divertirse”, opinar sobre la pelea, grabarla con su celular o tomar partido mientras la observan.

“De las luchitas a la bronca en serio” entre muchachos

Las prácticas socioculturales de los alumnos varones en la secundaria se caracterizan por las demostraciones de “aguante” y “fuerza” de diferentes tipos: psicológica, social, física. Se trata de interacciones que se despliegan a través de apodos, burlas, acusaciones con los maestros, aventar objetos de los compañeros (mochilas, prendas), aventarse unos arriba de otros en “montañas humanas”, empujarse a manera de “sándwich”, “guerritas de plastilina”, golpes y patadas, entre otros juegos.

Para “llevarse y aguantarse” los chicos tienen un “juego de golpes” que se rige por un conjunto de reglas explícitas e implícitas: saben que es un juego, que pueden participar los que no delatan con los adultos y son amigos, que los golpes son con cierta intensidad (pero en su significado se supone que no pasan a golpes violentos), no participan compañeros del salón con los que no hay una amistad o quiénes están identificados como que “no aguantan”, cada quien puede poner un límite y salirse del juego y los demás aceptan que lo haga. Desde la postura de los chicos, es una forma de “echar relajo” que les divierte y se desata por inactividad o por tedio acumulado, el cual pueden desahogar al no haber autoridad presente.

Pero no todo juego deriva en violencia indiscriminadamente. Entre el “llevarse y aguantarse” y las peleas en serio, los chicos discernen con claridad las diferencias:

David: Ah, era juego porque la manera en que lo haces es..., ¿cómo se dice? Si los haces con odio, entonces es pelear. Si lo haces alegre,... no alegre porque le estás pegando a alguien, sino que te causa gracia, entonces es cuando estás jugando.

Así, mientras no se rompa la regla de diversión, que se afirma fuertemente en la actitud corporal (reírse, sobarse, escapar del otro, abrazarse), los chicos van escalando en el juego hasta que pueden suspenderlo, ya sea porque llega un adulto a contenerlos, porque se han cansado o porque perciben que están pasando del límite

Las peleas concertadas o arregladas no se realizan dentro de la escuela:

“Entrevistadora: Y cuando tienen un pleito en serio, ¿cómo es?”

Arturo: Con alguien con quien tienes bronca. - Responde de inmediato-

Esteban: Ajá, si está muy grande él, pues te agarras otro y ya y les decimos a los chavos de allá afuera que nos hagan el paro.

Entrevistadora: ¡Ah! entonces, ¿el pleito es en la virgencita allá afuera?

Esteban: Sí porque adentro nos regañan, nos suspenden o nos corren...

La escuela contiene la violencia física dentro del plantel, así que los alumnos protagonizan sus peleas “*en serio*” en escenarios externos donde no los detendrán los adultos. Los alumnos saben que corren el riesgo de ser expulsados y prefieren arreglar “sus problemas” fuera de ella.

Estas peleas entre chicos por lo general son arregladas, suponen una serie de contactos previos como miradas retadoras, insultos y empujones en el pecho. También hay reglas claras: pelear “uno contra uno”, los espectadores cuidarán que no se abuse del que haya caído (que no le peguen entre varios) y la pelea se suspende si uno se ve muy lastimado. Hay compañeros de la escuela y conocidos externos a la misma que colaboran con alguno de los peleadores, le “*hacen el paro*” para que se sienta fuerte, protegido y acompañado. El que va venciendo se da por satisfecho cuando ve a su contrincante tirado y los demás le empiezan a decir que “ya ganó”. La pelea es una forma de afirmación de la masculinidad de la cual se desprenderá, según el resultado, una “posición” de prestigio y predominio para el vencedor o una derrota que avergonzará al perdedor ante sus pares.

Conclusión

En las prácticas socioculturales que analizamos los y las alumnas se ejercitan en diversos procesos psicosociales como los relacionados a su feminidad o su masculinidad, a la integración en sus grupos de iguales ya sea a través de procesos de amistad o de “llevarse” con los demás”, el ludismo propio de la etapa en que viven, la capacidad de sentir poder sobre los demás y ser reconocido socialmente. Los ejemplos que hemos analizado nos muestran que no podemos correr en paralelo programas de intervención que no toquen las prácticas de los estudiantes, que no se fundamenten en analizar cómo y por qué echan relajo, se pelean entre chicas y entre chicos o se generan conflictos que, desde el punto de vista de ellos, no son necesariamente violentos.

Por supuesto que estamos en contra de la naturalización de la violencia, la cual ocurre cuando los participantes encuentran que es lógico, divertido y hasta necesario llevar a cabo actos de agresión contra los demás. Sin embargo, creemos que para incidir en ella es necesario entender su dinámica, sus contenidos simbólicos y sociales que la movilizan, así como la subjetividad colectiva e individual que la sostiene.

Bibliografía

- Buelga, S., Musitu, G. y Murgui, S. (2009). Relaciones entre la reputación social y la agresión relacional en la adolescencia, *International Journal of Clinical and Health Psychology*, ISSN 1697-2600 Vol. 9- 1, pp.127-14.
- Furlán, A., Saucedo, C. y Lara, B. (comps.) (2004). *Miradas diversas sobre la disciplina y la violencia en centros escolares*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara, Secretaría de Educación de Jalisco.
- Holland, D., Lachicotte, W., Skinner, D. and Cain, C. (1998). *Identity and agency in cultural worlds*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Saucedo, C. (2004). "El "relajo" y el "respeto" en la escuela: formas culturales de participación en el marco de la disciplina escolar". En: Furlán, Alfredo; Saucedo, Claudia y Lara, Baudelio (co-ord.) *Miradas diversas sobre la disciplina y la violencia en los centros escolares*, Universidad de Guadalajara, Secretaría de Educación Jalisco, pp. 35-51.